

Por Federico Villoch.

NO hemos sido nunca aprehensivos y mucho menos esclavos de preocupaciones ni recelos de ninguna clase. Convencidos como estamos

de que, fatalmente, ha de sucederle al hombre aquello que el azar le tiene deparado en sus ocultos designios; y que, tuerza a la derecha, tuerza a la izquierda, tiene, al fin y al cabo, que volver a su primitiva ruta y continuar adelante su camino hasta la hora de su muerte, nunca hemos prestado el menor oído a sugerencias ni profecías; pero el caso de excepción existe precisamente como afirmación de la regla, y es por ello por lo que durante muchos años fuimos presa de una inexplicable preocupación que llegó a molestarnos seriamente. Aún hoy, cuando asistimos al teatro Nacional, si nos sentamos en cierto lugar del patio de lunetas, y se nos ocurre elevar la vista hacia el cielo raso que cubre la sala del teatro, en seguida viene a apoderarse de nuestra memoria el recuerdo que va a servirnos de asunto para la presente vieja postal descolorida; y se nos antoja oírle decir, como antaño, a cierta débil vozita que se pierde en la lejanía de los años:

—Aquí estoy... Aquí estoy...

¡Qué profundos y gratos recuerdos encierra para el postalista, y para todos los habaneros—y llamamos habaneros en este caso, a cuantos por aquella época vivían en la Habana—qué dulces memorias despierta, decíamos, en esos espíritus, aquel desaparecido gran teatro de Tacón, donde unas tras otras se sucedían las más amenas e interesantes temporadas artísticas, y en cuyo escenario se hicieron aclamar y aplaudir los más célebres actores y los más afamados cantantes del universo!

No queremos pasar por el «Laudátor temporis acti», de Horacio; pero ¿cómo no traer a cuento la escogida y elegante concurrencia que asistía a aquellas veladas, para ver desfilar a la cual se formaban dos nutridas alas a la derecha e izquierda de la salida del gran teatro, en aquel memorable vestíbulo, donde reuníanse siempre animados grupos de las personalidades más escogidas del Foro, la prensa, la banca y el gobierno? Allí veíamos salir al terminarse las funciones, regocijados por la simpatía y admiración que su belleza y elegancia despertaban: a los Condes de Fernandina, con sus hijas Josefina y Elena; a la Condesa de Romero, a

Serafina Montalvo, Marquesa de la Real Proclamación, a Rita Du-Quesne, que era la simpatía personificada; a la Condesa de Loreto, a la de San Ignacio; a los Condes de Bayona y al Marqués de Casa Calderón, a los Condes de Lombillo, a Terina Arango, a Esperanza Navarrete, a Margarita Pedroso, a Célida y Hortensia del Monte, a la preciosa e interesante Charito Armenteros... ¿Quién podía contar las innúmeras estrellas que fulguraban en aquel bellissimo cielo criollo de entonces?... Por muy brillante que hubiera sido el espectáculo, este luminoso desfile de la distinción y la gracia habanera lo superaba en mucho. En la calle piafaban los impacientes y briosos troncos enganchados a los carruajes particulares; oíase el chocar de los arneses; lucían cegadores, bajo las luces del gas y las bombas eléctricas, el charol y la plata de las elegantes berlinas; y, efluvio de aquella sociedad que pasaba la mitad de su vida en el extranjero, bullía y se respiraba en aquel maremagnun, frente al teatro, el hálito mundano y vivificador de París y demás grandes capitales europeas...

En Gran Teatro Tacón, como es sabido, se levantó allá por el año 1836, siguiendo los planos, en lo que cabía, del Gran Teatro la Escala de Milán, y en su interior colgaba del centro del techo de la sala una hermosa araña de gas a estilo de la que por entonces se ostentaba en el teatro la Gran Opera de París. No obstante su riqueza y su gran golpe de vista, aquella lámpara descomunal resultaba un estorbo para los espectadores de las altas localidades del teatro, cuya parte del medio, o sea la central, veíase desocupada casi siempre, haciendo que los espectadores se apelotonasen a los lados derecho e izquierdo de aquel sitio.

Cuando por exceso de entrada se veía parte del público obligado a ocupar el centro, muy a su pesar, aquellos infelices alcanzaban a distinguir, cuando más, entre los complicados adornos y colgantes de la lámpara gigantesca, y entre uno y otro de los mil bombillos de gas que la componían, ora la calva del Prior de La Favorita, desempeñado a veces por el célebre bajo cantante Maffei; ya los diminutos pies de la Gabi, la amante Eleonora del Rey Alfonso XI de Castilla; ya la barbita terminada en punta de su enamorado, el caballero Don Fernando, que solía interpretar el célebre tenor Aramburo, artista tan famoso por sus no comunes fa-

cultades de cantante, como por sus caprichos y testarudeces de aragonés indomable: el hecho es que la descomunal, aunque artística araña, resultaba un estorbo, y que inutilizaba casi la mitad de aquellas altas y democráticas localidades del Gran Teatro.

Por aquel tiempo hallábanse las «tertulias» y los «paraísos» de los teatros de la Habana divididos en dos departamentos: el de la derecha, frente al escenario, se destinaba a las señoras; y el de la izquierda, a los caballeros; mas como el de la izquierda ocupaba mayor espacio, dicho se está que el de las mujeres, en Tacón, no confrontaba el inconveniente de la araña; pudiendo las ocupantes de aquel sitio presenciar sin molestia el espectáculo, en tanto el pobre sexo fuerte era el que cargaba con la insuperable incomodidad. Siempre le tocó al hombre bailar con la más fea.

En nuestra vieja y extensa postal sobre «las noches de Tacón», hicimos una reseña, bastante ligera, a la verdad, de las compañías teatrales de todos los géneros que ocuparon aquel escenario; pero como ha de comprenderse, no pudimos detenernos en la cita de todas y cada una de las que tuvieron aquella oportunidad, viniéndonos después a la memoria al recuerdo de no pocas fiestas y veladas, que iremos citando en el transcurso de estas páginas. Una de aquellas veladas; la muy interesante que tuvo lugar en el histórico coliseo, allá por el año 1886, con motivo del estreno de la ópera del maestro cubano Gaspar Villate—«Baltasar»—libro de la Avellaneda, que había sido estrenada con calurosos aplausos en el Real de Madrid, la noche del 28 de febrero de 1885. Villate fué elegido por el Gobierno español para escribir la marcha fúnebre que se tocó en el entierro del Rey Alfonso XII, fallecido a fines del citado año 85. Se puso de moda Gaspar Villate en la Habana. Se le veía de noche en los teatros y en los paseos, con su copiosa melena negra, su pera romántica a lo Espronceda, y sus grandes gafas, estilo Francisco de Quevedo. Rara era la noche que no se tocaba alguna de sus bellas piezas musicales, en las retretas del parque y trozos escogidos de sus óperas «Zilia», «Inés de Castro», etcétera. La noche que se estrenó «Baltasar» en Tacón nos tocó ver la obra en un asiento de tertulia, frente por frente de la dichosa araña; por lo que se nos hizo imposible leer en su oportunidad las tres históricas frases que aparecen escritas en una de las paredes del palacio babilónico, durante el opíparo festín—«Mane, Thecel, Phares»—de manera que, al menos para

nosotros, no tuvo efecto la bíblica amenaza, porque, «ojos que no ven, corazón que no siente».

Otra velada también memorable de Tacón: la del estreno, allá por el 86 u 87, de la obra en un acto «El Submarino Perai», música de Ignacio Cervantes, libro creemos que de Ciaño, y decoraciones de Miguel Arias. Como entonces no pertenecíamos aún a la prensa diaria, y no disfrutábamos, por lo tanto, de la consiguiente «botella teatral», cuando había alguna función notable teníamos que rascarnos el bolsillo y contentarnos con una modesta entrada de tertulia. También esta vez la famosa araña de Tacón nos impidió apreciar de visu las evoluciones del malogrado submarino en toda su amplitud, contentándonos con oír desde aquellas alturas los disparos de sus inofensivos torpedos. Igualmente otra noche vimos, o mejor dicho, oímos, poco más o menos por la misma fecha y a través de los adornos, bombillos, cadenas y arandelas de la susodicha araña, el estreno de la obra de Aramada Teijeiro, «Non Mais Emigración»; si bien pudimos apreciar sin estorbo desde aquellas alturas, lo principal y mejor de ella: los acordados lamentos de la gaita y las melancólicas muñeiras de los coros. Como se ve por lo dicho, y por lo que pasamos a referir, la tan citada y molesta araña de Tacón influyó de manera notable en nuestro sosiego: unas veces, por mirarla «desde arriba» y otras, por contemplarla «desde abajo»... Años después ingresamos en el periódico «La Iberia», de Don Andrés de la Cruz Prieto, en calidad de cronista de teatros, y más tarde en «La Unión Constitucional» con el mismo cargo. El hecho de entrar por la puerta de un teatro, como Pedro por la de su casa, nos llenaba de pueril orgullo. Corría para nosotros esa edad, fuerte y llena de ilusiones, en que se hacen juegos malabares con las estrellas. Se nos designó—«por derecho propio», casi siempre el menos propio de los derechos—la luneta cabecera, fila octava, número 83, debajo precisamente de la famosa lámina para de que venimos hablando; lo que después de todo no tenía nada de particular; pero una noche—lo que no habíamos hecho nunca—y a la mitad de una interesante representación, si mal no recordamos, en la primera temporada de Don Antonio Vico en la Habana, se nos ocurrió mirar para arriba y fijarnos en la monumental araña, al mismo tiempo que nos venían a la imaginación aquellos conocidos versos de Bartrina, que describen la muerte de un hombre, produci-

da por una piedra que le cae encima en el preciso momento en que pasa por la calle, haciéndose el poeta esta pregunta para achacarle el caso, o a la fatalidad o a la casualidad:

¿Cae la piedra cuando pasa el hombre,
o pasa el hombre cuando cae la piedra?
Resolvedme problema tan profundo:
y creeré, os lo juro muy sincero,
en la fatalidad, si es lo primero,
en la casualidad, si es lo segundo...

¡Para qué fué aquello! Desde aquel instante ya nos vimos con la enorme lumbrera encima, y en el mismo caso del desventurado a que se refería el malogrado poeta de Reus. No pudimos evitar un irresistible impulso de temor que se nos apoderó del ánimo; y sin tener en cuenta, ni importárenos un ardite los comentarios que despertar pudiera nuestra irrespetuosidad a aquel dios del arte que nos deleitaba a todos con su genio, nos levantamos en el acto, y como no vimos próxima ninguna luneta desocupada, no nos quedó más remedio, para ausentarnos de la sala, que remontar todo el pasillo central y volverle la espalda al artista.

Un acomodador nos preguntó solícito:

—¿Qué pasa?

Y le contestamos sin darnos cuenta de los comentarios que acarriaría tan extravagante como inesperada salida:

—¿Y si se cae la araña, y nos aplasta?

Claro que al día siguiente nos reíamos de tan insólito como injustificado presentimiento; pero también es verdad que apenas volvimos a ocupar por la noche la consabida luneta, debajo de la insidiosa lámpara, volvió a correr por las venas el mismo escozor de la víspera; sólo que aquella noche no estaba la sala tan concurrida y pudimos cambiar interinamente de asiento, sin llamar la atención del público.

Tuvimos intención de hacer gestiones para que nos cambiaran la luneta en definitiva, pero ¿y qué pretexto podíamos alegar para ello? Además, era un deber para con nosotros mismos, acallar aquel vago presentimiento y aquel temor aún no completamente definido que nos equiparaba a un maniaco; y fué por ello que pudimos dominar al cabo la incalificable preocupación, y sentarnos, pasados unos días, tranquilamente, en la luneta que desde tiempos atrás se nos había designado; por cierto, de las más cómodas y mejor situadas del teatro.

Sí, señor; como que el gusanito de la «idea fija», una vez que se ha posesionado en vuestro cerebro de la celda que mejor le ha parecido, va a retirarse tranquilamente por una débil y sencilla refutación que usted le haga. Hay que aplastarlo, que matarlo, que extirparlo de raíz con argumentos sólidos e incontrovertibles y con armas las más poderosas que se encuentren a mano. Si no es así, el diabólico gusanillo hace que se esconde, retira la cabeza, se agazapa para que nadie advierta su presencia, y cuando se le empieza a olvidar, y ya respira sosegado el ánimo, libre de su pertinacia, vuelve a somarse de improviso guiñando sus imperceptibles ojuelos, para decirnos:

—Aquí estoy... Aquí estoy...

A veces, ¡ay!, este mortificante gusanillo se convierte en una serpiente envenenada que se enrosca al corazón; hace sucumbir las voluntades más poderosas, y mata.

Dejamos la crónica de teatros, y dejamos nuestra luneta cabecera de la fila octava, y dejé ya de preocuparnos el posible desprendimiento de la gigantesca araña de Tacón; mas si algunas veces, llevados por la fuerza de la costumbre íbamos a ocupar nuestra antigua localidad, ya como de broma, el consabido gusanillo volvía a asomar su cabecita picaresca en nuestro cerebro, para repetirnos al oído, si bien ahora en el tono del que no quiere darle importancia a las cosas:

—Aquí estoy... Aquí estoy...

Y vuelta a levantarnos otra vez, y a dejar la luneta, desde luego, en la actitud del que, como ya dijimos, no le da importancia a las cosas; pero que las respeta y se somete a ellas, por si acaso; tal y como ciertos espíritus débiles aceptan en principio las más extravagantes utopías, por lo que pueda acontecer...

Pasaron los años y pasaron las cosas; y el poder secular de España también pasó a la historia. La arrogante araña continuaba difundiendo en la sala del Gran Teatro los esplendores de sus mil bombillos, que ya desde mucho tiempo atrás se alimentaban con luz eléctrica; y aunque nuestros temores de que un día descendiese sobre nuestra cabeza y nos aplastase con su peso, habían desaparecido, el presentimiento de que alguna vez sucediese el fatal percance en perjuicio de otros espectadores venía de vez en cuando a intranquilizarnos, haciéndonos oír el eterno gusanillo, aunque entonces con voz débil y lejana:

—Aquí estoy... Aquí estoy...

Un día, corriendo el año 1900, y en ple-

4

no gobierno de la primera intervención americana, al leer uno de los periódicos de información de la tarde, topamos con esta noticia, acaso la que hemos leído en nuestra vida con el mayor regocijo:

«LA ARAÑA» DE TACON

Esta mañana, en los momentos de estar los encargados de la limpieza del Gran Teatro arreglando la hermosa e histórica araña que ilumina la sala de dicho coliseo, al bajarla del techo, se rompieron los cables que la sostenían, cayendo al suelo y haciéndose pedazos. Afortunadamente, por la hora en que ocurrió el suceso, no hubo desgracias personales que lamentar; las que, como se comprenderá, habrían sido numerosas, de ocurrir el accidente durante una representación teatral.

Esta artística lámpara, que durante tantos años ha admirado el público habanero, fué forjada en Francia, el año 1835, etc., etc....

Lamentamos el desgraciado percance, que nos priva, etc., etc.»

Nosotros, por nuestra parte, no lamentamos nada, y con nosotros seguramente todos aquellos infelices espectadores que en las altas localidades de dicho teatro tenían que valerse de mil subterfugios y artimañas para presenciar el espectáculo a su entera satisfacción. Después de leer esta noticia, sentimos como un descanso y materialmente experimentamos el vacío consolador que dejaba en nuestra alma aquel tenaz presentimiento, que durante una buena parte de nuestra vida la había llenado. Y le dijimos al gusanillo de marras, ya verdaderamente convencidos y como si materialmente lo hubiésemos aplastado victoriosos bajo nuestras plantas:

—Ahora sí que ya no vendrás a turbar nuestro sosiego; ni a decirnos como antes: —Aquí estoy... Aquí estoy...

Cuando vimos después los restos de la artística lámpara amontonados en un os-

curo rincón del escenario, no nos pareció, a la verdad, tan gran cosa. En lo alto parecía que lo llenaba todo, y que lucía más imponente. Lo mismo acontece con muchos personajes cuando caen desde las alturas en que tan orgullosamente han resplandecido: arriba, deslumbran e imponen; una vez caídos, abajo, hay que arrinconarlos entre los trastos inútiles.

Hablando días después con Ramón Gutiérrez, que era a la sazón el administrador del Gran Teatro, nos dijo, para quitarle importancia al suceso:

—La araña se cayó cuando la bajaban para limpiarla; pero puesta otra vez en su sitio, y atornillada, hubiera sido difícil el desprendimiento.

—Amigo Ramón—le argüimos—muchas cosas mejor atornilladas que ella se han venido al suelo. Ya ves tú cómo ha caído el poder secular de España; y sabe Dios las cosas que aún hemos de ver derrumbarse, por bien atornilladas que se encuentren.

Seis años después cayó la primera República, que mejor atornillada, ni la bóveda celeste; luego empezó a tambalearse la segunda; y allá por el año 1912, cuando dieron comienzo las obras de demolición del viejo teatro, adquirido por el Centro Gallego, estrenamos en el vetusto coliseo nuestra obra «La Casita Criolla», que como se recordará, obtuvo un éxito brillante, alcanzando cien representaciones consecutivas.

Una noche, durante una de ellas, tuvimos la ocurrencia de ir a sentarnos en aquella nuestra antigua luneta cabecera de la fila octava; pero al levantar la vista, en lugar de aquella antigua araña colgante, veíase ahora, adherida al techo, fulgurar con el centelleo de sus mil bombillas eléctricas, una bellísima estrella, emblema de nuestro ideal republicano.

—Tú sí que no te caerás—le dijimos, clavando en ella nuestros ojos, y exento el ánimo de inquietudes—porque aquí estamos todos para sostenerte e impedir que nadie te quite de ahí; ni de ningún sitio en que te ostentes, radiante y libre.

DM. Dic 11/38